



ECOS DE LA PALABRA Por Javier Castillo, sj

Enseñar con autoridad

Reflexiones sobre el Evangelio de Marcos 1, 21-28 (4º Domingo del Tiempo Ordinario - Ciclo B – 28 de Enero de 2018)



El acceso al poder ha sido, sin lugar a duda, uno de los grandes anhelos de la humanidad. Tanto en las sociedades primitivas como en las que tienen sistemas complejos de organización las personas y los grupos que quieren detentar el poder recurren a un sinnúmero de estrategias para hacerse con él. Hasta aquí la reflexión no ofrece ninguna dificultad porque el ejercicio del poder, de alguna manera, es necesario para regular la convivencia entre personas y comunidades. La dificultad surge cuando analizamos las motivaciones profundas de quienes buscan o quieren el poder. Una primera

motivación, ojalá fuese la de la mayoría, es el servicio al bien común y al desarrollo armónico y justo de la sociedad; la segunda podría ubicarse en el deseo legítimo de realización personal y, la tercera, que desafortunadamente es más común de lo que quisiéramos, cuando se busca el poder como un trampolín para el ascenso social, político y económico.

El ejercicio del poder en sí mismo, insisto, no es malo, lo pernicioso es cómo lo ejercemos. Analizando los “cómo” actuales creo que no descubro nada al afirmar que los poderes y los poderosos de este mundo están en una profunda crisis. Están en crisis porque la mentira, el engaño, el afán de lucro, la manipulación de la información, la corrupción, la intolerancia con los que piensan distinto y la lejanía de la gente, entre otras cosas, hacen que su credibilidad esté bajo mínimos. Hay un divorcio doloroso entre los que detentan el poder, y no me refiero solo al poder político, y el ciudadano de a pie porque las estrategias para acceder a éste, lejos de preocuparse por la construcción de lo público, se enfocan a buscar el beneficio particular de quienes quieren el poder.

Haciendo un poco de autocrítica, hemos de reconocer con humildad que la Iglesia no está exenta de esta crisis y, en algunas partes, vemos signos de distanciamiento entre los fieles y quienes hemos sido llamados a ser servidores de la comunidad. Es probable que esta crisis esté dejando al descubierto que muchos tienen o tenemos el poder, pero no la autoridad porque lo que decimos no se corresponde con nuestro estilo de vida. Como dice el viejo refrán: “El cura predica, pero no aplica”.

Jesús enseña con autoridad. A diferencia del poder que viene dado de fuera, la autoridad viene de dentro: de la calidad de la persona, de su modo de proceder y de los valores que transparenta.

La autoridad de Jesús, más allá de sus palabras, está en la **implicación solidaria con su pueblo** y, de manera especial, con los que sufren que son los que no tienen, no saben, no pueden o no cuentan. Jesús, lejos de dar soluciones retóricas o en discursos bien elaborados cuyas palabras se lleva el viento, se agacha a servir haciendo de la curación, la liberación y la salvación el lenguaje particular de su autoridad. Ante esa autoridad ni sus mismos detractores, como el espíritu inmundo que poseía al hombre de la sinagoga, quedan indiferentes. Este modo de **enseñar implicándose** es distinto y cuestiona a aquellos que ejercen el poder desde la dominación, desde la búsqueda de su propio beneficio o desde el discurso que no desciende al compromiso con los otros.

La autoridad de Jesús, más allá de su formación o de la corrección de su discurso, está dada por **la consistencia de toda su vida** pues hay una total correspondencia entre lo que el **piensa, siente, dice y hace**. Esa correspondencia, que solemos llamar coherencia, es quizá uno de los factores determinantes para la generación de confianza y credibilidad, virtudes absolutamente necesarias en el ejercicio del poder.

¿Cómo vivir la autoridad en el seno de las comunidades cristianas? Hay una invitación que desde joven me ha impactado y que os comparto con inmenso cariño. Siendo novicio jesuita, el **Padre Gustavo Baena** nos dijo: “Muchachos, no os preocupéis por ser simpáticos, preocuparos por ser divinos”. La autoridad, en cristiano, no viene dada por la simpatía, la formación académica o los talentos humanos que enriquecen a una persona sino por la capacidad de **transparentar la divinidad**, de hacer presente en medio de los hermanos la sabiduría, la implicación, la solidaridad, la ternura y la coherencia de Jesús.

¿Cómo vivir la autoridad en esta era de redes sociales y de información al instante, en este tiempo en el que la vida privada es pública y las opiniones que se dicen en corro se lanzan al espacio virtual en milisegundos? En primer lugar, una invitación al discernimiento para no otorgar el poder y el destino de las comunidades a personas que no tienen autoridad y cuyo liderazgo es tan fugaz como un Twitter: “No todo lo que brilla es oro”. No nos dejemos obnubilar por el impacto mediáticos de los poderosos con pies de barro. En segundo lugar, a quienes ejercemos algún tipo de “poder”, considerar la transparencia y la coherencia como una exigencia ética y, en el seno de la Iglesia, como una exigencia evangélica pues en el “enseñar con autoridad” se encuentra gran parte de la credibilidad de nuestra misión.